

## 2º Domingo de Cuaresma. Año C

### Lectio divina sobre Lc 9,28b-36

---

El evangelio nos recuerda un singular suceso en la vida de Jesús: subiendo a Jerusalén, de camino hacia una muerte en cruz, Jesús se retira a orar e invita a tres de sus discípulos a que compartan con él su descanso y su oración. Y quienes creían conocerlo bien, por haberle acompañado ya tanto tiempo y haberle oído tantas cosas, lo ven diferente, transformado, *divino*. Lo ven en compañía de dos hombres de Dios, que conversan con él sobre su próxima muerte en Jerusalén; ellos, que sólo pensaban pasar un rato de oración a solas con su maestro, asisten atónitos a este diálogo y no atinan los pobres más que a dejarse vencer por el sueño. Y cuando rompen a hablar, no saben bien lo que se dicen: quisieran interrumpir el camino de Jesús hacia Jerusalén, y quedarse en el monte para siempre, aunque fuera a costa de hacer lugar y dar un puesto a los nuevos compañeros de Jesús. ¡Tan hermoso les parece todo! ¡Tan bien se encuentran que no echan en falta nada, aunque todo les falte en la soledad del monte!

---

**En aquel tiempo, <sup>28</sup>Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar. <sup>29</sup>Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. <sup>30</sup>De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, <sup>31</sup>que, apareciendo con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén.**

**<sup>32</sup>Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y, espabilándose, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. <sup>33</sup>Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús:**

**«Maestro, qué bien se está aquí. Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»**

**No sabía lo que decía.**

**<sup>34</sup>Todavía estaba hablando, cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube.**

**<sup>35</sup>Una voz desde la nube decía:**

**«Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle.»**

**<sup>36</sup>Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.**

---

#### I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

En neto contraste con el episodio precedente, donde Jesús ha reaccionado a la – primera – confesión de fe de Pedro (Lc 9, 18-21) anunciando su próxima pasión y el precio que ha de pagar quien le sigue (Mc 9,22-27), el narrador recuerda un hecho insólito, la transfiguración de Jesús, la primera y única manifestación de la gloria que le corresponde a Jesús. Sin apenas remarcarlo, se deja ver el misterio profunda de la aventura personal de Jesús: su segura vía crucis no es más que el camino hacia la gloria; la cruz no será etapa final, sino paso inevitable hacia Dios (cfr. Lc 2,9: 24,26)

El relato lucano de la transfiguración, aun siguiendo de cerca su modelo (Mc 9,2-8), ofrece su peculiar visión. Jesús elige a quienes van a ser compañeros de oración y sube con ellos a un monte: dialogar con Dios, y ante testigos, es la razón que lleva a Jesús a la soledad del monte. Jesús cambia, el rostro y la apariencia, *mientras oraba*; la transfiguración va precedida por la conversación con Dios. Dios podrá presentarlo como su propio hijo, porque el hijo se ha presentado antes delante de su Dios. Hablar con su Dios posibilita a Jesús conversar con los hombres de Dios. La presencia de Moisés y Elías no hace más que confirmar el testimonio que ocho días antes había dado Jesús, pues hablaban entre ellos de su próxima muerte, su éxodo. Cuanto ven y oyen los discípulos, con ser estupendo, no oculta el drama que está por venir.

Pedro logra balbucir su bienestar, cuando los gloriosos acompañantes de Jesús están desapareciendo. No sabía qué decía, aunque se sentía bien hasta que la nube los envuelve y oyen una voz, la misma que ya escucharon mientras Jesús se dejaba bautizar (Lc 3,22): mientras la visión se les nubla y se les espabila el oído, sienten el miedo que produce la inmediata presencia de Dios. No pueden ocultar que Dios – su Palabra – les está presentando a Jesús como a su hijo predilecto e obligándoles a obedecerle. Toda la experiencia, que empezó como oración, termina en el silencio que impone Dios, cuando se presenta como Padre amante de Jesús. Una vez que los afortunados discípulos saben que deben obedecer al hombre que camina hacia su muerte, no tendrán nada que decir. La decisiones de Dios se acatan en silencio.

#### II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Camino de Jerusalén, Jesús sabe estar encaminándose hacia una muerte cruenta. En un momento de ese camino, Dios se deja ver para hacer saber la verdadera identidad de Jesús a unos discípulos escogidos. Éstos, que acompañaban a Jesús para orar con él, asisten al milagro rendidos por el sueño, el despiste y el susto. No estaban preparados para tamaño descubrimiento: mientras ocurría el portento, no supieron qué balbucir, cuando debían callar. Ni pudieron hablar después,

cuando conocieron quién era Jesús. ¡Mal papel hicieron esos discípulos íntimos! Y es que no siempre la manifestación de Dios coge prevenido y preparado al discípulo mejor. No obstante, Dios no deja de pronunciarse sobre Jesús: *Es mi Hijo*. Ni deja de imponernos la obediencia, a pesar de nuestro aturdimiento: *¡escuchadle!*. Tampoco habría que olvidar que quienes recibieron la confianza de Jesús fueron quienes le acompañaban, aunque a desgana y sin muchas luces, por el camino de la cruz; si no hubieran sido compañeros de vía crucis, no hubieran conseguido ver a Jesús tan divino y entusiasmante.

Los discípulos que aceptaron la invitación de Jesús a rezar junto a él, terminaron por tener a Dios junto a ellos. El hecho es significativo; es verdad que una nube ensombreció su alegría, pero lograron oír la voz de Dios que les descubrió a su Hijo predilecto en quien era para ellos solo maestro de oración. Primero compartieron oración y silencio con Jesús, luego oyeron a Dios y vieron a su Señor estupendo. Si ver a Moisés y Elías junto a Jesús les había entusiasmado, oír la voz desde la nube les asustó y les hundió en el silencio.

Fue la voz de Dios quien mejor les reveló la identidad de Jesús. Es el padre quien ha de identificar a su hijo. Más decisivo que el ver la gloria de Jesús es oír la Palabra de Dios: lo que Dios nos dice sobre Jesús es más desvelador que lo que logramos ver en él. Mejor que lo bien que nos sentimos con Jesús es que consintamos con cuanto él nos manda. Hay que dejarse decir por Dios quién debe ser para nosotros Jesús. Tenemos que aprender a ver y a amar a Cristo con los ojos y el corazón de Dios. No superaremos nuestros miedos ni ahondaremos en nuestra alegría, si no aceptamos que Jesús sea para nosotros lo que es para Dios, su hijo elegido a quien hay que escuchar para obedecer, a quien hay que conocer para amar, con quien tenemos que convivir para poder seguirle de cerca.

Tenemos los discípulos de Jesús un modo de vivir ilusionados, una forma de sentirnos entusiasmados con Jesús que no nos está consiguiendo mejorar nuestra forma de ser cristianos. Cuando en nuestra relación con Cristo buscamos sentirnos a gusto con él, cuando seguimos a Jesús para encontrar la felicidad que solos no logramos, cuando le acompañamos en la oración porque queremos ver milagros, estamos condenándonos a no encontrarnos realmente con él ni permitimos a Dios que nos lo descubra. No deberíamos poner tanto empeño en sacar provecho de nuestro seguimiento de Jesús. No es el sentirse bien la mejor paga a nuestra vida de oración; ni el encontrarse mejor con Jesús que cuando vamos solos por la vida ha de ser la aspiración mayor del discípulo. Habrá que dejarse decir por Dios quién debe ser para nosotros Jesús: sólo así tendremos en él como maestro y compañero al Hijo de Dios. Tendremos que tomar a Jesús más en serio, caminar junto a él por donde quiera llevarnos, seguirle cuando quiera rezar, ponernos a obedecerle de una vez por todas, para que se nos convierta en el Dios que nos enseña y nos acompaña durante nuestro camino.

Alguno de nosotros, al oír hoy el evangelio, quizá se haya preguntado – y no le faltaría razón – cómo es posible que ya no se nos transfigure Jesús, por qué los discípulos hoy no encontramos a Jesús ya tan estupendo y no nos encontramos tan divinamente junto a él como aquellos tres discípulos ¡Quién no siente cierta envidia ante estos discípulos afortunados que vieron a Jesús tan divino y tan de cerca y se encontraron de repente tan a gusto! No deberíamos olvidar que quienes se entusiasmaron por Jesús viéndole transfigurado, tan diverso a como era a diario, acogieron su invitación a compartir su oración solitaria. Encontrar un rato para rezar juntos, a solas con él en el monte y a solas con Dios junto a él, les llevó a descubrir en Jesús lo que hasta entonces no habían percibido en él. Viéndolo rezar, a pesar del sueño y de su aturdimiento, vieron quién era realmente Jesús, quién quería ser para ellos. Rezando con él se sintieron felices de estar junto a él, aun sabiendo que no compartían con otros la compañía y el diálogo con Jesús. Rezando junto a él oyeron la voz del mismo Dios quien se lo presentó como a su hijo querido.

En vez de envidiar a tres discípulos que subieron a lo alto para rezar a solas con Jesús, en vez de enfadarse con Jesús porque nos deja ver apenas lo maravilloso que es, ni alguna rara vez nos hace sentirnos bien en su compañía, nos deberíamos hoy preguntar por las razones que tendrá para no transfigurarse delante de nosotros. Quizá las supiéramos, si conociéramos dónde estamos nosotros, qué nos ocupa cuerpo y alma, día y noche, mientras él está en oración; ¿en qué estamos metidos, cuando su preocupación básica es orar junto con nosotros? Y si da con nosotros, ¿no nos encuentra sumidos en nuestros sueños, sumergidos en nuestras ilusiones?. Conoceríamos por qué no logramos descubrirle tan estupendo, si nos diéramos cuenta dónde nos encontramos cuando podríamos encontrarnos tan a gusto junto a él, y cuán lejos de él hemos ido siempre que buscábamos la felicidad. Veamos dónde hemos estado cuando también a nosotros Dios nos lo ha querido presentar, en qué nos hemos ocupado para no prestar ni tiempo ni atenciones a ese Dios que deseaba hablarnos de su hijo querido. Y sabremos la razón por la que Jesús no se nos ha vuelto maestro estupendo e hijo de Dios.

Nada tiene de extraño que para cuantos Cristo no es nada extraordinario, no vivan entusiasmados con él ni quieran acompañarle hasta el fin. Quien no ha encontrado en su vida a Jesús estupendo, magnífico, divino, no sabrá lo que es emocionarse con él ni, mucho menos, arriesgarse por él. Y una vida cristiana sin grandes emociones, sin grandes riesgos, no es digna de él, ni nos la merecemos siquiera: discípulos que nunca se han sentido bien a su lado, que no han sabido presentirlo junto a ellos mientras oraban, que no han sentido la voz de Dios mientras compartían con él vida y oración, no se han merecido a Cristo. Un maestro que no se nos sigue entusiasmado, ¿por qué le íbamos a seguir?. Un Señor que no sea realmente divino, ¿puede exigirnos obediencia radical? La raíz de nuestra frustración en el seguimiento de Cristo no está, pues, en que Él no siga encantando a la gente que le acompaña; es, más bien, que nosotros no logramos mantenernos junto a Él siempre, en los días grises y en los momentos estupendos. Seguimos ocupándonos en nuestras

cosas, en nuestro mundo, y sigue sin preocuparnos de verdad por su mundo y en sus cosas. Permanezcamos a su lado para que pueda mostrársenos como realmente es, cuando Él quiera. Valdrá la pena el esfuerzo y la espera.